

PRESENTACIÓN

LA EDUCACIÓN

«Esto es lo que hago y lo que me gustaría seguir haciendo». Esta breve frase recoge el núcleo de este número de *Sal Terrae*, que, publicado al comienzo de un nuevo curso académico en España, no pretende tratar y estudiar todos los ricos y numerosos aspectos que conforman el término «educación», y sí, en cambio, subrayar dos verbos relacionados con la vida del educador: profundizar y celebrar el valor y el sentido de su vocación. Por eso, el conjunto de los artículos publicados intenta ser animante, motivador, esperanzador, consolador (este último término, entendido en el sentido ignaciano). Al mismo tiempo, trata de abrir horizontes, tanto personales (crecimiento personal, formación, nuevas posibilidades) como sociales: conectar la labor que se hace con la construcción de una sociedad mejor, con la misión de la Iglesia.

El número se acerca en primer lugar a la vocación cristiana del educador. Según *Antonio J. España*, «cada educador, como Jesús, está convocado con otros a una misión educativa donde es además testigo de una experiencia mayor». Para poder lograrlo conviene contar (primer gran eje de la colaboración) con una importante y actual dificultad social que desgasta y produce tensión: la educación es un servicio más. Pero también conviene contar, segundo gran apartado del artículo, con el discernimiento, que invita a vivir como educadores para educar: con convocación itinerante, con referencia trascendente y ejercitando el ministerio cultural.

Ramón Colunga señala que la pregunta que atraviesa su artículo es: ¿qué tiene que hacer un centro educativo para que el educador sea cristiano y qué tiene que hacer el educador para que el centro sea cristiano? A la primera parte de la misma responden estas frases, que el autor asturiano desarrolla en numerosas páginas de su colaboración: formular y comunicar con claridad su identidad y misión y ser coherente con la identidad y la misión formuladas. A la segunda, al menos tres implicaciones de las que debería ser consciente todo educador cristiano: su conciencia de ser educador, su implicación con un proyecto común, su testimonio personal de fe.

«Cuando uno es padre, es educador. No existe otra opción». Esta afirmación de *Francisco Igea y Magdalena González* sostiene su artículo, en el que invitan a los/las lectores/as de la revista a emprender un viaje similar al que, metafóricamente hablando, ellos mismos y sus hijos continúan emprendiendo, a través del cual nos ilustran el sentido y el valor de la siempre importante y valiosa misión educadora de los padres. En la última etapa del citado viaje afirman que en la educación de los hijos «no hay nada infalible, casi nada... Quizá solo una cosa es infalible: el cariño».

Para *Juan J. Rueda*, «la educación no sabe de tiempos ni de prisas, pero sí de no perder el norte». Desde esta óptica se pueden entender y afrontar mejor las esperanzas y frustraciones del educador, de las que se ocupa el último artículo del número. Entre las frustraciones, el autor afinado en Andalucía señala ocho, siendo la más dura, en su opinión, la que sufren los educadores cuando ven a los educandos faltos de interés y motivación. Siete rasgos caracterizan, en cambio, las esperanzas de los educadores, rasgos que deben estar atravesados por el conocimiento realista de que cada educando es peculiar y particular, así como por la importancia que posee la fe en los educandos.